

firme: Milan combatió con Pavía y con los duques de Monferrato: los Malaspina de la Lunigiana con Génova; los Salinguerra con Módena, y en Florencia también la rivalidad de los Buondelmonti con los Amidei hizo resonar los nombres de Gúelfos y Gíbelinos.

Oton en tanto había procurado aplacar la tempestad que se había suscitado en Alemania, sometiendo á los tribunales y á los Estados; pero tal debilidad solo sirvió para dar mas audacia á los descontentos. Posteriormente habiendo marchado contra el rey de Francia con motivo de su union con el de Inglaterra y con el conde de Flándes, fué derrotado su ejército y puesto en fuga en Bovines. Falto entonces de crédito en Germania, volvió á sus Estados hereditarios; de modo que Federico fué coronado de nuevo rey de Alemania en Aquisgran, y según lo convenido con Inocencio, confirmó todas las prerogativas y posesiones de la Sede romana, prometió devolverle la Córcega y la Cerdeña, que entonces se hallaba en poder de los Pisanos, y cederle la Sicilia, apénas fuese emperador.

Esta era una nueva precaucion del papa para asegurar la independencia de Italia. Ya había unido con los vinculos del matrimonio á Federico II con Constanza de Aragon, viuda del rey de Hungría, también su pupila, y habiendo colocado en el trono aquel príncipe, hechura de la Santa Sede, podía esta esperar para lo sucesivo paz y nueva grandeza; pero la muerte le evitó el disgusto de ver la ingratitud de su protegido.

Antes de contar cómo se renovó la guerra entre el sacerdocio y el imperio, debemos describir dos hechos que señalaron el pontificado de Inocencio III, esto es, las dos Cruzadas contra Constantinopla, y contra los Albigenses.

CAPÍTULO III

Cuarta Cruzada (1202-4). — Emperadores francos en Constantinopla.

El imperio fundado por Saladino se hallaba destrozado entre los príncipes Ayubitas; los débiles Selyúcidas no sabían proporcionar á la Persia la tranquilidad que necesitaba; el imperio del Carism crecía amenazando al Corassan y á Bagdad; y tales divisiones impedían toda empresa comun y vigorosa contra los Cristianos. No se hallaban estos mas acordes en Palestina: Guido de Lusignan, desde que ocupó el trono de Chipre, ya no pensó en Jerusalem; Bohemundo, que reinaba en Antioquía y Trípoli, procuraba con ardides extender su dominio, y valiéndose de la fuerza, y aun de la perfidia, atacaba la Armenia; las tres órdenes de caballeros Templarios, Hospitalarios y Teutónicos, en que consistía la única fuerza de los Cristianos, llegaron en sus rivalidades á hacerse una cruda guerra.

Á la muerte de Saladino, creyó el papa que había caído el baluarte del islamismo, y en su

consecuencia predicó una nueva Cruzada. Enrique IV la aceptó; pero infiel á sus promesas, y cediendo mas bien á los impulsos de su ambicion que á los de la devocion, dejó ir á los demas cruzados, mandados por la flor de los príncipes alemanes, y por Margarita, reina de Hungría, que había consagrado su viudez á Jesucristo. Sin respetar la tregua de Saladino concluida con Ricardo Corazon de Leon, atacaron á los musulmanes, los cuales, al verse amenazados por un peligro comun, reunieron todas sus fuerzas. Malek-Adel, hermano de Saladino, y su principal guerrero, que aventajando en valor á todos los suyos, se engrandecía entre sus discordias, tomó por asalto y desmanteló la ciudad de Jafa, antemural de Jerusalem al Occidente; pero los musulmanes fueron derrotados en Sidon, y se les reconquistaron muchas ciudades, recogiendo un inmenso botin. Nuevos refuerzos llegaron de Europa á la sazón; pero mientras el devoto entusiasmo del soldado solo se dirigía á Jerusalem, los jefes fijaban su vista en las ciudades marítimas. No disminuía el valor acostumbrado, pero faltaba una acertada direccion. Las empresas comenzaban con fervor, pero no se sabía llevarlas á cabo, y fomentándose las enemistades, dirigían unos contra otros las armas que habían empuñado contra el enemigo comun, ó se detenían á mitad de una expedicion para regresar á Europa, donde les llamaban con urgencia otros intereses. De esta suerte los debates sobre la sucesion del imperio germánico hicieron que los cruzados alemanes regresasen á su patria, sin acabar su empresa, y Amalrico tuvo por gran ventaja renovar la tregua con Malek-Adel.

Pronto subió al solio pontificio Inocencio III, y aunque llamaban enteramente su atencion los deberes del pontificado, pensó al momento en la Ciudad Santa, y no cesó de animar á los pueblos para recobrarla del poder de los infieles, y al clero á tomar parte en las fatigas y gastos de aquella empresa. Previendo las objeciones á que pudiera dar lugar la propension de aquel siglo á denigrarlo todo, quiso que las contribuciones del clero de cada país se administrasen por dos caballeros de las dos órdenes de Jerusalem y el diocesano, á quienes se remitiría el dinero entregado, para asalarar tropas, ó para otras necesidades de la guerra santa (1). El mismo pontífice hizo fundir su vajilla de oro y plata, sirviéndose solo de las de barro y madera mientras duró la Cruzada.

Su legado Pedro de Capua reconcilió á Ricardo Corazon de Leon con Felipe Augusto, y en un torneo que dió proclamó la Cruzada; pero surtió poco efecto, porque una nueva guerra separó de la empresa á ambas naciones. Felipe Augusto, en lucha con el papa por la causa de Ingelberga, no se hallaba dispuesto á cruzarse; pero Fulco, cura de Neuilly, acogió los votos

(1) Heeren en su obra titulada *Influencia de las Cruzadas* da á esta contribucion el nombre de operacion fiscal.

de la Cristiandad. Este sacerdote, que de una vida disoluta había vuelto á la senda de la virtud, principió á predicar la penitencia. Ignorante, pero fervoroso, expresaba mejor que otro los sentimientos comunes en lenguaje popular, y desde la miserable choza hasta el regio palacio se hizo oír su elocuencia. Muchas veces no obtenía silencio sino maldiciendo á los que alborotaban; otras daba palos á todos lados para aquietar la muchedumbre, y los que recibían alguna herida besaban la sangre que de ella fluía. Predicando un dia en el camino de Champel á Paris, ante un pueblo inmenso, entusiasmo de tal manera á los eclesiásticos y los legos, que muchos despojándose de sus vestidos y calzado le presentaron disciplinas para que los castigase según merecian. Entonces, levantando su voz, reprendió á los doctos las vanidades en que perdían el tiempo, y á los clérigos y prelados el escandaloso descuido de sus deberes. Al rey y á los nobles les exhortó á penitencia, sin que le intimidasen las prisiones y tormentos con que suelen recompensar al que usa de la verdad con franqueza. En una ocasion en que la multitud se preparaba para quitarle el manto, *no está bendito*, les dijo, *esperad á que bendiga el vestido de este hombre*. Al momento hizo sobre él la señal de la cruz y todos se disputaban sus pedazos.

Inocencio vió en este hombre el único que podía sustituir á Pedro el Ermitaño y á San Bernardo, y pronto Fulco tomó la Cruz y fué por todas partes á predicarla, reuniéndose muchos monjes en calidad de coadjutores. Habiendo sabido que en el castillo de Ecry, en Champaña, debía celebrarse un torneo, fué allá al momento y proclamó la Cruzada en medio de las fiestas profanas. De este modo Tibaldo IV, conde de aquel país, que recibía el homenaje de dos mil quinientos caballeros; Luis, conde de Chârtres y Blois, y otros muchísimos barones y prelados, tomaron la divisa de la cruz roja. En aquella expedicion solo admitieron tropas disciplinadas, pero Fulco murió antes de verla principiada.

Entretanto llegaban los continuos gemidos de la Palestina, y el papa echaba en cara á los Cristianos su lentitud é indiferencia. Prohibió por cinco años toda clase de espectáculos, comprendiendo en ellos los torneos, y se mandaron embajadores á Venecia para pedir auxilios á esta república. Era entonces dux Enrique Dandolo, ardiente defensor de la gloria nacional, ya con las armas, ya por medio de negociaciones y á quien el emperador de Oriente había ultrajado y dejádole casi ciego. Noventa años acumulados sobre su cabeza no le quitaban su actividad, que despertó de nuevo al proponerle una empresa que podía reportar á su patria honor y ventajas.

Los enviados le pidieron naves para trasportar cuatro mil quinientos caballos, veinte mil infantes y provisiones para nueve meses, y Dandolo lo prometió todo, mediante el pago de ochenta y cinco mil marcos (4.250,000 francos),

La república se obligó además á tener en el mar cincuenta galeras, siempre que se le cediesen la mitad de los países conquistados. Los Cruzados aceptaron estas proposiciones, y el dux reunió el pueblo en San Márcos. Celebrada la misa del Espíritu Santo, se levantó y enteró al público de las peticiones y de los convenios estipulados. Los enviados, persuadidos que ninguna nacion era tan poderosa por mar como Venecia, ni por tierra como los Franceses, se pusieron de rodillas, tendieron sus manos en actitud suplicante, y juraron por sus armas y por los Santos Evangelios cumplir estrictamente las condiciones del convenio. El pueblo, á voz en grito, aplaudió el tratado; pero el entusiasmo se aumentó de un modo inaudito, cuando el octogenario dux se puso la cruz sobre el gorro ducal, jurando vivir y morir con los peregrinos; de modo que enternecidos se mezclaban abrazándose los barones franceses con los comerciantes venecianos (1).

Las rivalidades hicieron que Pisa y Génova no tomasen parte en aquella expedicion; pero los Lombardos y Piamonteses respondieron á la invitacion, y Bonifacio II, marques de Monferrato, fué elegido jefe de la Cruzada, para la cual acudieron á Italia innumerables gentes de Flándes y Francia. Los Franceses hallaron en Venecia aparejadas las naves, pero los demas Cruzados se embarcaron en otros puertos, con daño propio y de la expedicion, por faltarles dinero para pagar el flete á los Venecianos, á pesar de haber reducido á cequíes sus vasos y joyas; y dando todos cuanto poseían, excepto sus caballos y armas, se entregaron confiadamente en manos de la Providencia.

Venecia obraba por cálculo, no por entusiasmo; y apénas comprendió que no podría cobrar toda la suma pactada, propuso el dux condonarla, siempre que los Cruzados ayudasen á la república á recuperar á Zara, que se había desmembrado de sus Estados para agregarse á los del rey de Hungría. Muchos tenían escrúpulo de volver contra los Cristianos las armas tomadas para atacar infieles; y hasta se opuso el papa, en razon á que habiendo tomado la

(1) « Lors furent assemblés à une dimanche à l'église Saint-Marc. Si ère une multe feste, et i fu li peuple de la terre, et li plus des barons et des pèlerins. Devant ce que la grant messe començast, li dux de Venise qui avait nom Henris Dandole, monta el leteru, et parla au peuple, et lor dist: « Seigneur, accompagné estes ai la meilleur gent du monde, et por le plus halt affaire que onques genz entrepissent: et je sui viulx hom et febles, et auroie mestier de repos, et moaigniez sui de mon cors: mès je voi que nus ne vos sauroit si gouverner et si maistrer come je que votre sire sui. Se vos volies otroier que je presse le signe de la croix por vos gardere, et por vos enseigner, et mes fils remensis en mon leu, et gardasi la terre, je iroie vivre ou mourir avec vos et avec les pèlerins. » Et quand cil oirent, si s'écrierent tuit à une voix: « Nos vos prions por Dieu que vos l'otroiez, et que vos le façois, et que vos en vieignes avec nos... Mult oi illuce grant pitié el peuple de la terre et des pèlerins mainte larme ploriee, porce que cil prodrom aust si grant oehison de remanoir... Ha! com mal le sembloient cil qui à autres par estoient allé por esschiver le peril! Ensi avala li titeril, et alla de vant l'autel, et se mist à genoiz mult plorant, et il li consierent la croix en un grant chapel de coton, porce que il voloit que la gent la veissent. VILLEHARDOUIN, testigo ocular. »

Cruz el rey húngaro, quedaba protegido por la tregua de Dios; pero el dux no se cuidó de esta oposicion, con grande escándalo de los Septentrionales, acostumbrados á someter todos sus cálculos é intereses á las órdenes del pontífice.

1202. Zarparon, pues, con la mas hermosa escuadra que jamas habia navegado por el Adriático, se apoderaron de Trieste, rompieron las cadenas del puerto de Zara; pero renovadas aqui las discordias entre los Cruzados, se mataron unos á otros. El papa, que habia desaprobado esta empresa, mandó restituir el botin, hacer penitencia, y reparar los perjuicios causados. Los Venecianos, en vez de someterse á esta orden, destruyen las murallas, y los Franceses procuran excusarse y prometen enmendar los daños; el papa excomulga á los primeros, sin librarles por ello de su promesa, mientras vuelve á bendecir á los Franceses y dispone que en derecha y sin detenerse en parte alguna vayan á Siria.

1200. La ocasion era propicia en verdad. La falta del crecimiento periódico del Nilo habia causado una terrible hambre en Egipto, acompañada de los mayores horrores. En el Cairo fueron quemadas treinta mujeres en un solo día, por haberse comido á sus maridos. La peste que siguió, hizo perecer en pocos meses ciento diez mil personas; el rio y el mar estaban llenos de cadáveres, cuyo número excedió de un millon; despues los terremotos conmovieron el Egipto y la Siria, destrozando las rocas, destruyendo las ciudades, cual si Dios las preparase vacias y sin murallas para los conquistadores cristianos; pero estos no debian llegar á verlas.

Bajo Imperio.
1118. Entretanto murió en Constantinopla Alejo I Comneno, que ya vimos era amigo aparente y enemigo encubierto de los primeros Cruzados, y por poco que valiese, nadie podia sucederle que le igualase. Juan II Comneno, aunque tenia escasos ejércitos y mas caballería que infantería, y aunque sus soldados deponian pronto las armas, lo que le impidió conservar cuanto conquistaba, sostuvo por veinticuatro años guerras felices con los Pechinecos, los Servios, y los Húngaros en Europa, y con los Selyúcidas en Asia; obligó al príncipe de Antioquia á prestarle homenaje; perdonó á Ana Comneno que aspiraba á colocar en el trono á Nicéforo Brienne, su marido; á nadie castigó con pena de muerte; disminuyó el fausto de la corte; reformó las costumbres, y meditaba nuevas conquistas cuando fué muerto en la caza.

1143. Su sucesor Manuel Comneno manifestó ideas caballerescas, pero no prudencia para dirigir las. Tan vigoroso como Raimundo de Antioquia, no podia sin embargo manejar el escudo y la lanza de este, y fué el único que con empresas de romancescas bravuras, excitó el entusiasmo militar; pero no terminó ninguna conquista útil. En la paz se abandonaba á torpes disoluciones y al fin los aduladores le convirtieron en tirano. Le declaró la guerra Roger II de Sicilia, quien desoló las costas de Jonia, tomó

á Tébas y Corinto, y se llevó los hombres mas vigorosos, las mujeres mas hermosas y los operarios mas hábiles. Manuel mostró grandes conocimientos guerreros y valor personal, principalmente en el obstinado sitio de Corfú, cuya isla al fin no pudo salvar. Pensó entonces atacar á los Normandos en Italia, arrojándolos de aquel país, y en efecto sus tropas se apoderaron de Bari y Brindis, pero su hijo Alejo quedó derrotado y de aqui resultó la paz. Aunque unas veces aparecia sospechoso y otras favorable á los Cruzados, ayudó sin embargo á Amalrico, rey de Jerusalem, en la expedicion de Egipto.

1155. De su matrimonio con María, hija de Raimundo, príncipe de Antioquia, tuvo á Alejo II que le sucedió en el trono, bajo la regencia de su madre; pero esta puso toda su confianza en el protosebaste Alejo, sobrino de Manuel, escandalizando y descontentando la corte. Al fin se tramó una conjuracion en favor de Andrónico, hijo de Isaac Comneno, de estatura atlética y tan frugal, que solo cenaba pan y agua ó cualesquiera yerbas silvestres que él mismo cocía. Manuel, que echó de ver sus maquinaciones, le tuvo preso por espacio de doce años, al cabo de los cuales Andrónico logró escaparse, y al traves de muchas aventuras novelescas, llegó á Halicz de los Rusos. Allí excitó la admiracion general, se reconcilió con el emperador, aliándole con aquel pueblo; pero despues sospecharon de él y le relegaron á Enoe en las costas del Ponto. Tres mujeres de familia régia le amaron sucesivamente, le hicieron padre y tomaron parte en sus desventuras, gloriándose con el título de concubinas de este Andrónico, que errante entre los Turcos, los Arabes y los Barbaros, fué excomulgado, proscrito, y perdonado. Aunque habia empeñado su palabra de no conspirar contra la familia imperial, cediendo á la ambicion, publicó proclamas contra el protosebaste; y excitado por el patriarca á que acudiese á libertar su patria, se apresuró á reunir los descontentos. Entretanto María, hermana del emperador y esposa del marques de Monferrato que dirigia otra conspiracion contra el protosebaste, fué descubierta y presa, pero el pueblo se amotinó, y Alejo se vió obligado á entrar en tratos con ella. Andrónico se presentó luego en Calcedonia, y al momento el pueblo le proclamó regente. Sus primeras disposiciones fueron hacer sacar los ojos á Alejo, asesinar sin distincion á todos los Latinos que habia en Constantinopla, envenenar á María y á su marido, y ahorcar á la emperatriz madre. En fin, despues de haber obligado á Alejo á asociarle al imperio, le hizo degollar; y pisoteó su cadáver, diciendo: *Tu padre fué un bribon, tu madre una prostituta, y tú un tonto*; y arrojándolo al mar, quedó emperador único. Casó con Ines, hija de Luis VII, y continuó gobernando con el terror y la crueldad aquel reino tan inicuaamente adquirido, haciendo matar á muchos so pretexto de que estaban en inteligencia con Guillermo II de Sicilia, el cual ha-

1185. biendo proyectado la conquista del imperio, se habia apoderado de Durazzo y Tesalónica, y marchaba sobre Constantinopla.

Isaac Angelo. Una de las victimas designadas por el tirano era Isaac Angelo, ciudadano de mucha reputacion; pero este mató al asesino, se refugió en Santa Sofia, y el pueblo amotinado le proclamó á su pesar emperador. Andrónico huyó, fué luego cogido, presentado á Isaac, y abandonado al furor del pueblo, que despues de maltratarle por muchos dias, le colgó de los piés en el teatro. Tenia setenta y tres años, y con él concluyó la dinastia de los Comnenos. Si pudieran olvidarse sus atrocidades, sería digno de elogio por su carácter afable y generoso, por haber refrenado la rapacidad de los oficiales del fisco, y quitado la costumbre de robar á los naufragos.

12 se- tiembre. Isaac, hombre afeminado é inepto, abandonó los cuidados del gobierno á ministros indignos de serlo. Tuvo varias contiendas con Federico Barbaroja, suscitando contra él las repúblicas lombardas. Los Valacos y los Comanos, despues de vencidos por Basilio II, quedaron sujetos á los emperadores, bajo cuyo yugo continuaron por espacio de ciento setenta años, sin que hubiesen tratado aquellos soberanos de darles leyes y moralizar sus costumbres para vencer su natural fiereza. Disgustóles Isaac, cuando para celebrar sus fiestas nupciales les arrebató los ganados que eran su único medio de subsistencia, y mucho mas cuando se negó á darles los mismos sueldos y grados que á las demas tropas del imperio. De aqui resultó que sus jefes Pedro y Asan se rebelaron, y despues de asesinar á todos los Griegos que habia desde las riberas del Danubio hasta las montañas de Tracia y Macedonia, Joancio restauró el reino de los Búlgaros, declarándose vasallo de Inocencio III, el cual satisfecho de poder unir esta rica posesion al rebaño de los fieles, le confirió el título de rey, y le mandó la bandera bendita.

Alejo III. 1195. Al fin Isaac fué expulsado del trono por su hermano Alejo, le sacaron los ojos y le encerraron en una cárcel, juntamente con su hijo, que tambien se llamaba Alejo. Este logró escaparse de su prision, y fué á buscar á Felipe de Suabia, su cuñado, poniéndose bajo la proteccion de los Cruzados. Estos caballeros, cuya divisa era defender la inocencia, enmendar las injusticias, y proteger á los oprimidos, le escucharon favorablemente y se propusieron asaltar á Constantinopla, y reponer á Isaac en su trono. Algunos sostuvieron sin embargo que no habian empuñado sus armas para esto; que los Griegos no se habian quejado del usurpador, y que los emperadores se habian mostrado siempre poco favorables á los Cruzados. Otros mas astutos comprendian que les era muy ventajoso hacer la guerra á Constantinopla, que estaba mas cercana y reunia mas riquezas. Otros muchos, en fin, miraban como una accion meritoria atacar á los Griegos que eran cismáticos y cobardes,

T. IV.

creyendo que, tomada Constantinopla, sería mas fácil la conquista de Jerusalem.

Se dice, aunque con poca certeza, que Malek-Adel hizo vender todos los bienes que en Egipto poseía el clero cristiano, y que su producto lo empleó en proporcionarse fautores en Venecia, á fin de conseguir que la república retirase sus fuerzas de Siria, ofreciendo facilitarla el tráfico de Alejandria; pero sin esta promesa los Venecianos ya estaban resueltos á destruir las factorías establecidas en Grecia por los Pisanos.

El emperador de Constantinopla, no ménos débil que su antecesor, vejaba á sus súbditos y no se cuidaba de su bienestar; vendia la justicia para recobrar el dinero invertido en conseguir la usurpacion, y mientras los Búlgaros y los Turcos devastaban sus fronteras, se dejaba gobernar en el interior por su mujer Eufrosina, de la casa de los Ducas, y tan ambiciosa como altanera. El emperador Enrique VI, que meditaba restablecer el antiguo imperio romano, pidió como posesiones suyas todas las provincias situadas entre Durazzo y Tesalónica, ó en su defecto la suma de cincuenta quintales de oro anuales. Alejo, que no podia resistirse, procuró hacer que se contentase con diez y seis quintales anuos y tuvo que imponer á sus súbditos el *tributo aleman*; pero encontrando oposicion, se apoderó de los vasos sagrados, despojó hasta los sepulcros de los emperadores, y apenas reunió alguna plata y oro, supo que habia muerto Enrique. Al proximarse la nueva tormenta recurrió al papa, pero sin prometerle nada en favor de la Cruzada. El pontífice, que anteponia á todo la justicia, prohibió á los Cruzados continuar esta empresa, los cuales consumieron á su vez el tiempo, disputando si deberian ó no llevarla á cabo. Aprovechándose de esta detencion, Alejo, hijo de Isaac Angelo, 1197. Alejo IV. logró ser proclamado emperador, y su presencia animó la expedicion.

La armada se reunió en Corfú y salió hácia Constantinopla: treinta mil hombres se disponian á conquistar un imperio de muchos millones de habitantes. La víspera de San Juan de 1203 echaron las áncoras en la costa asiática, cerca de la Torre Marina, á tres millas de la capital. Allí su mirada atónita recorria la encantadora belleza de la Propóntide, con su vigorosa vegetacion, sus succulentos frutos, sus dulces uvas, sus ricos pescados, limpidos arroyos y frescos baños, acompañando este magnífico cuadro los trinos del ruiseñor y toda la pompa que en su mayor opulencia presenta el verano en aquellos países. Mas allá de las olas encrespadas por ligeros céfiros, se descubrian las riberas cubiertas de flores, los jardines, las risueñas campiñas de laureles y fragantes rosas, y por último las aldeas y las ciudades que á la sombra de los plátanos y cipreses se elevan en la costa hasta la cumbre de las colinas que cierran el horizonte.

Entre tantas bellezas, y como la luna entre las estrellas, se ostentaba orgullosa la ciudad

de Constantinopla, serpenteando por un espacio inmenso sobre las siete colinas, circundada de altas murallas, con sus trescientas ochenta y seis torres, iglesias y conventos sin número, y aun multiplicados por el reflejo de las aguas que parecía la besaban los piés como esclavas, ó que se agitaban como amenazantes defensores. Puerto inmenso de dos mares, diamante que brilla entre el zafiro de las olas y la esmeralda de los campos, mansion la mas bella del hombre por su seguridad y comodidades, émula de Roma en dignidad, de Jerusalem por sus venerandos santuarios, y de Babilonia por su grandeza (1).

¡Pero cuán léjos estaba su condicion moral de corresponder á su natural belleza! « La ciudad (dice un viajero contemporáneo) es sucia, de mal olor, y gran parte de ella está condenada á una noche perpétua, porque los ricos cubren las calles con sus casas, dejando solamente para los pobres y los extranjeros inmundicias y tinieblas. En aquellos callejones, son frecuentes los robos, asesinatos, y todos los demas crímenes que favorece la oscuridad. Allí no se conoce la justicia, hay tantos mandarines como habitantes ricos; tantos ladrones como pobres; tampoco se conocen el miedo y la vergüenza, porque los delitos no se castigan por las leyes, ni siquiera se descubren (2). »

Los habitantes de la ciudad estaban sorprendidos de aquel inesperado ataque, y los Cruzados de su propio atrevimiento. Cuanto mas difícil veían la empresa, mas comprendían la necesidad de no fiar en otra cosa mas que en su espada. Los Cristianos acamparon en el jardín y palacio que hay sobre la ribera asiática, donde Alejo III olvidaba los cuidados del reino, y navegando cerca de los muros de Constantinopla presentaban á los Griegos el jóven pretendiente esperando sublevarlos; pero todo fué inútil, y se prepararon para el ataque. Rotas las cadenas del puerto, se apoderaron de Galata y dieron el asalto. Alejo por avaricia habia reducido al último extremo el ejército y la escuadra, y de poco podia servir la defensa que hacían los Griegos con su fuego, los Varangos luchando, y mucho ménos los Pisanos con sus ardides. Dándolo, en hombros de los suyos, se hizo conducir á tierra con el estandarte de San Marcos que muy pronto ondeó en lo alto de una torre, y Constantinopla fué presa de las llamas.

Alejo se atrevió por primera vez á permanecer en frente del enemigo, y con las insignias imperiales acometió á los Franceses que habian sido

1203.
17 de
julio.

(1) « Or puez savoir que molt esgardent Constantinople cil qui onques mais ne l'avoient veue, et que il ne pooient mie cuider que si riche ville peust estre en tot le monde, cum il virent ces halz murs et ces riches tours dont ere (era) close tot en tor á la ronde, et les riches palais, et les haltes yglises, dont il y avoit tant que nuis nel poist croire, s'il ne les veist á l'oeil, et le long et le lé de la ville qui de totes les autres ere souveraine. » VILLEHARDOUIN.

(2) Odone di Deuil ap. CHIFFLET, *Genus illustre sancti Bernardi*, p. 37.

ménos afortunados que los Venecianos; pero al fin le faltó el valor y huyó en una nave, abandonando cuanto tenia. Entónces le maldecían los mismos que el dia anterior le adulaban. Isaac Angelo salió de su prision, y fué colocado en el trono, lamentándose de sus males despues que habian cesado. Al momento se le presentaron los enviados de los Cruzados, para que ratificase las promesas que habia hecho su hijo de dar doscientos mil marcos, provisiones para un año, y los auxilios necesarios para la guerra santa. Todo tuvo que aceptarlo.

Aquel súbito cambio de prisionero en rey, y al ver evitada la batalla que los Latinos esperaban tener con el ejército del jóven Alejo, embriagaban á todos de alegría. A ruegos del emperador los Cruzados acamparon en Galata, abastecidos con abundancia. Admiraban cuanto veían, y sobre todo las reliquias que allí abundaban extraordinamente. Alejo IV fué coronado en medio de la multitud de barones (pompa inusitada entre los augustos orientales), y pagó parte de la suma prometida; y si hubiesen continuado en armonía, aquella era la ocasion oportuna de rejuvencer el imperio, introducirlo en la alianza cristiana, hacerle tomar parte en la empresa comun, y unidos rechazar al enemigo.

Los barones, procediendo caballerescamente, enviaron heraldos que anunciasen su llegada al sultan del Cáiro y Damasco, en nombre de Cristo, del emperador de Constantinopla y de los príncipes y señores de Occidente, comunicando tambien al papa y á los príncipes cristianos sus prósperos sucesos é invitándolos á participar de ellos; pero el papa contestó con reprensiones y se negó á bendecirlos; solo aceptó las excusas de Alejo, exhortándole á cumplir sus promesas.

Pero para cumplirlas debia unir la Iglesia Griega á la Latina y suministrar crecidas cantidades. Esto fué precisamente lo que le condujo á su ruina. Despues de despojar las Iglesias, obligó á sus vasallos á abjurar el cisma, auxiliándose para ello de los Cruzados, quienes usaron hasta de violencias contra los resistentes. Así se atrajo el odio de sus súbditos y temiendo sus consecuencias, rogaba con empeño á los Cruzados que no saliesen de Constantinopla hasta la primavera, si no querían que fuese víctima de los alborotos populares que amagaban y que la herejía levantase de nuevo su cabeza; ofreciendo darles cuanto necesitasen durante este tiempo.

Un incendio que por espacio de ocho dias redujo á cenizas parte de Constantinopla, llevó el descontento á su último grado, é hizo comprender á Alejo que solo podia contar con los Latinos; pero viviendo juntamente con ellos, rebajaba de tal modo el respeto que se le debia, que hasta llegó el caso de que un marinero veneciano le quitase la diadema adornada de piedras preciosas con que ceñía su frente y la sustituyese con su gorro. Todo esto indignaba á